

Frente libertario

ORGANO DE LAS MILICIAS CONFEDERALES

Madrid,
22 febrero
de 1937

Número 95

editado por el comité de defensa - región centro

¡Basta ya de maniobras políticas!

En nombre de la unión antifascista no se puede dividir a los trabajadores que pelean en los frentes

Serían indignantes y serían risibles, si no pudiera costarnos la sangre de muchos compañeros nuestros, gran parte de las cosas que están sucediendo en el momento actual. Una de ellas es que, mientras se habla de unión sagrada de los antifascistas españoles para hacer frente a la terrible amenaza de la invasión extranjera, haya quienes, guiados por un interés exclusivamente partidista, se entretengan en luchas y discusiones que sólo pueden favorecer al enemigo común.

Viene esto a cuento de la incomprensible rivalidad despertada repentinamente entre los componentes del Partido Comunista y el P. O. U. M. Mientras en Aragón se suprimen de los frentes todas las banderas de partido u organización en aras del interés general, en tanto que los partidos y organizaciones de Cataluña acuerdan no permitir campaña alguna que pueda molestar a cualquiera de los componentes del frente antifascista, aquí en Madrid continúan, como si el enemigo no estuviese a pocos kilómetros de distancia, las pugnas y las rivalidades que el pueblo español ni comprende, ni admite, ni siente.

No somos, no podemos serlo, sospechosos de simpatía hacia el P. O. U. M. En definitiva los dirigentes del P. O. U. M. formaron su partido gracias a una escisión de las masas confederales y vivieron casi única y exclusivamente de combatir a la C. N. T. (Igual, por otra parte, que hicieron los comunistas, y la prueba la tenemos en la famosa Reconstrucción encabezada en Sevilla por el tristemente famoso Adame.) Pero este hecho no nos impide reconocer que los elementos del P. O. U. M., enemigos declarados nuestros, ni son, ni pueden pasar por fascistas claros y descubiertos. En el frente de Huesca, en Sigüenza, en otros muchos puntos, los elementos del P. O. U. M.—pocos o muchos, los que sean—se batan como todos nosotros, con idéntico heroísmo que todos nosotros, frente al enemigo común. Y en todas partes, y no hace más que cuatro o cinco días en el Puente de los Franceses, derraman su sangre por la causa del proletariado español.

Obvio es decir, con todo esto, que ni compartimos ni nos explicamos la campaña desencadenada de una manera repentina contra el P. O. U. M. A los comunistas les interesará, por motivos partidistas, terminar con ellos. A nosotros, que ni entramos ni salimos en el pleito, nos parece francamente contrarrevolucionario, dividir la atención del pueblo—que debe estar concentrada en el combate contra el enemigo de todos—en atacar a hombres que con nosotros luchan en las trincheras. Y menos aún llevar este afán partidista hasta pedir el fusilamiento de todos los que integran ese partido antifascista por el solo hecho de no ser gratos a los gobernantes de tal o cual país extranjero.

En Madrid se ha procedido recientemente a la suspensión del periódico del P. O. U. M. y a la incautación de su emisora. Ahora se quiere llegar a más. Anteayer fueron detenidas varias personas—mujeres y hombres—por fijar carteles de dicho partido o por postular con destino a esa organización. Nosotros nos creemos en el caso de preguntar al Partido Comunista, que tanto habla de unión, si cree conveniente en el momento actual desencadenar una lucha entre nosotros mismos. La respuesta tendrá que ser, por muchas habilidades que quieran ponerse en práctica, forzosamente negativa. A menos de que esa consigna de «primero ganar la guerra» no sea echada por completo en olvido.

¿Qué podrás decir tú?

Parece ser que no, que aún no te has enterado—o que no quieres enterarte, que es peor—de lo que pasa en España, muchacho. Tú sigues con tu vida de molición. Alguien te está viendo y vigilando continuamente. Te levantas tarde, muy tarde, cuando los camaradas ya llevan tres o cuatro horas trabajando. Muy afeitado, muy limpio, muy compuesto, bajas por cualquier calle a la Plaza de Cataluña, te sientas en la terraza de un bar, pides un aperitivo y llamas al limpiabotas. Por encima, sin darte cuenta de lo que ves, hojeas cualquier diario y miras la gente que pasa. Luego, te vas a comer, o sea, a consumir algo que no te pertenece, que no es tuyo, porque porque todavía no has producido nada. Y son las dos o las tres de la tarde. Los camaradas llevan cinco o seis horas de trabajo.

En un diván mullido del café, por las calles o en la cama otra vez, pier-

des lo que queda de la jornada. A las seis o las siete vuelves a moverte—a moverte—y vas a un cine o a perder el tiempo en cualquier tuguero. Más tarde, regresas a casa a cenar, o cenas en cualquier y vagabundeas un poco, no mucho, porque no te sientes seguro, porque tienes miedo (comprende bien que es a ti mismo, a tu conducta, a tu proceder, a lo que tienes miedo). Y sobre las doce o la una te vas a dormir—realmente, ¿has despertado?—para volver a empezar a la mañana siguiente. Con ligeras variaciones esto es lo que hace en las veinticuatro horas del día. Entre tanto...

¿No comprendes que hace cinco meses que estamos en guerra, que una mezcla abyecta y monstruosa pretende arrasar todo lo bueno y digno y mejor de España? ¿No sabes que los niños mueren de hambre y de metralla, que las madres andan locas

de dolor, que los hombres—nuestros compatriotas, nuestros hermanos—se parten el pecho y las entrañas, y no duermen, y no descansan, y no reposan, y luchan fieramente, hasta acabar, hasta perecer, en los montes y en los llanos? ¿Y si te digo que aldeanas sencillas, que jóvenes obreras han sido degolladas y violadas por bestias repugnantes? ¿Y si te cuento que en un pueblecito de Asturias que reconquistaron los leales, vi, debajo de un hórreo, la cabeza de una vieja, y no pude, por mucho que hice, dar con el cuerpo?

¡Ah, muchacho! Si sigues así, vale más que te vayas con nuestros enemigos. Pero ni ellos te querían, y harían bien. Ahora mismo, mientras tú te preocupas demasiado de tus uñas o te arreglas el nudo de la corbata, nuestros artilleros sufren, y nuestros ametralladores sufren, y un aviador heroico se lanza a las alturas, y un marino permanece bajo la helada, los ojos vigilantes, y todo el mundo—jóvenes y viejos, hombres, mujeres y niños—están en su puesto y hacen algo. Guerrear o trabajar. Y tú, ¿qué haces? ¿En qué piensas? ¿Qué tienes pensado? ¿Quieres que te llame cobarde? ¿Estás dispuesto a hacer algo? En último caso—en el caso de que sepas usar la regla de cálculo, o conducir una máquina, o arar la tierra—el pico y la pala, mejor o peor, lo sabe manejar cualquiera. ¿Tuerces el gesto?... ¡Tú no eres español, ni anarquista, ni hombre, ni nada! ¿No te da vergüenza? Cualquiera día las mujeres te escupirán. Pero no; tú quieres hacer algo, ser útil y digno.

Mira que está cercano el día en que los mozos bravos vuelvan de los frentes con el laurel rotundo de la victoria temblando en sus sienes. Y entonces, ¿qué dirás, qué podrás decir tú, desgraciado?

¡QUE COMAN PIEDRAS!

Hay mucha gente que come y no trabaja

Esos señoritos zánganos, de quienes protestan Valencia y Barcelona que les han caído encima, hay que hacer un fajo con ellos y llevarlos al frente o a hacer trincheras.

Tiene que acabarse de una vez el espectáculo odioso del señoritismo ambulante. El que no trabaje que no coma.

Los trabajadores españoles no podemos consentir que sigan esos gaudios con su vida ociosa y de recreo. Valencia y Barcelona deben limpiarse de esos vagos de herencia y oficio, y otro tanto hay que hacer aquí. Si van documentados, como si no lo están, tienen que demostrar de qué viven.

Por nuestra parte, nos es agradable decir que ninguno de ellos, o en excepción clarísima, llevarán carnet de la C. N. T., y otro tanto nos adelantamos a decir de la U. G. T.

Lo que pasa es que con la capa de artistas o intelectual se han formado muchas capillitas que actúan por su cuenta con una labor no poco sospechosa.

Y ha llegado la hora de exigir cuentas y acabar con los indeseables. Tras el Gobierno salieron una cantidad de liebres que, no pocos de ellos, están ya en el Extranjero—incluso «enchufados»—, y otros, encontrando más campo de «acción nocturna» en Barcelona, se han trasladado a conquistar los cabarets y algún que otro prosencio.

Contra eso, hay que reaccionar energicamente y empezar a pensar también en la vida inactiva que siguen llevando un porcentaje escandaloso de mujeres.

LA REVOLUCION HABLA A TODOS

¿No es de completa desgracia que siendo este mi día tenga que verme sitiado con incómodas visitas?

Cierra la puerta, mozo, que suben por la escalera arrivistas. Pero, ¡qué digo!, no la cierres; si es preciso, abrirle al coche que ha arribado al bordillo de la acera. Según el ronquido, es el de los militaristas. Famosos petardistas. Haciendo toda clase de alardes y cortesías, olisquean con singular desvergüenza. ¡Lo fastidian todo.

¿No los ves?... ya llegan: tan iguales, tan elegantes... ¿No ves cuantas mujercitas del brazo de ellos? ¡Qué necios cumplimentos! ¡Qué frases repetidas! A la selva virgen me fuera por no oírles.

Yo que de todo eso renuncié y de la presunción, he de verme comida por tales sabandijas y desvirtudes.

Váyanse en hora mala. Salgan todos a prisa. Si queréis estrellas, gamarlas en las guerrillas, en las trincheras, en las avanzadas... De ese modo acabaréis con los fascistas, pero manoseando pantorrillas en el cabaret, no.

Iros y no molestarme más con vuestras malas visitas. No lo conseguiréis. Demasiado lo sabéis. Soy irrompible, inmortal. Con mi sangre quedaréis ahogados. Yo creceré robusta, por encima de todo, como un roble.

¿Queréis mi consejo?... No saliros del camino. No vayáis desveredados. Esto es de funestas consecuencias para todos.

Aún estamos a tiempo para darnos cuenta. Si el camino me abristeis el 19 de julio, ¿por qué me cerráis las

puertas de vuestra inteligencia?

Habéis hecho porque me convierta en guerra y nadie más que vosotros pagaréis tan funestas consecuencias.

Tanto me extenderé que será por toda la Tierra. El capital atropella a diestro y siniestro; el obrero no aguanta más. Fomentáis la guerra para que otros se maten en ella. Un día no muy lejano se darán cuenta que os lleváis la presa. ¡Ay de vosotros entonces!, arrivistas con estrellas o sin ellas.

Vuestro tecnicismo, no os da derecho a ser unos pillos consumados.

Yo avanzo a pasos agigantados. Cobijándoos en mí me aceleraréis. Si os empeñáis en lo contrario, será peor para vosotros, entendedlo bien. Entraré triunfal en la Tierra al son de mi charanga. Entonces no tendré compasión de nadie en absoluto.

Llevo muchos años de lucha, y de cada choque salgo con más laureles y fortalecida. Lo que prueba, sin lugar a dudas, que mi decisión será para aplastaros de una vez y para siempre.

No consentiré que los menos recojáis el fruto de los más.

¿Dónde estáis, ¡arrivistas!, el día que os llamé?... Es inútil que me queráis poner muros de contención para regular mis ímpetus. Si en aquel momento fui benévola, no tardaré mucho en que se desengañen mi furia. Entendedlo bien todos. Aliaros con vuestra técnica y cada cual con su capacidad, sin miramientos de graduación ni privilegios, situándoos todos al mismo nivel, que, de lo contrario, no tardará el día en que...

El compañero, el delegado y el jerarca

Nosotros, los comunistas libertarios o aspirantes a anarquistas, quienes en nuestra vida de azares y de lucha pretendimos mantener en alto los prestigios que nuestros ideales encarnan, no debemos ser los hombres que nos dejamos arrastrar por el medio ambiente, para ser unos más, sino por el contrario, ser la consecuencia de nuestros principios e ideales y en estos momentos en que las aguas revueltas de los destinos de nuestro pueblo pudieron cegarnos al nadar sobre ellas no debemos olvidar de ser quienes somos para que mañana, al orillar, al venir el remanso, podamos contemplarnos sin escrúpulos o causando repugnancia al que nos mirase por considerarnos que habíamos sentido gozo de vernos revolcados en el fango que la revuelta arrastra. Si la necesidad de la lucha nos hizo temporizar, hasta llegar a conducirnos a las poltronas de los centros oficiales, nosotros debemos de llegar a ellas para destruirlas y demostrar el ilogismo de su existencia. Nosotros debemos de demostrar, con nuestra vida austera y sencilla, que la jerarquía es sinónimo de incapacidad y que el que la emplea la usa como escudo para evitar que los demás le discutan la ineficacia de su labor. Debemos de llegar allí bajo los auspicios de nuestra sencillez demoleadora que hagan la labor eficiente y discutible por nuestras organizaciones y nunca ser el ente que enferma de superioridad para considerar que su labor es indiscutible y que él es el imprescindible en el cargo que un día, hasta por equivocación, pudieron encomendarle.

La palabra compañero no debe ser un camelo empleado para arribar a un punto ansiado o no ser malquistado con la sociedad que necesita tener para su existencia. No debe dejar de existir la palabra de compañero y ser una evidencia de compañerismo la llegada a un puesto de delegado. Y el delegado, que por las

actuales circunstancias puede verse en las esferas llamadas oficiales, no debe, por ningún concepto, ni aun porque vea que su organización incurre en error, dejar de ser el compañero, el delegado, y que por tanto está obligado a responder en todo momento de su actuación.

Los incontrolados, los insolventes, mas que ellos hayan llegado hasta una representación oficial, serán y son aquellos que realizan la más mínima manifestación pública para dar lugar a discusiones o ponerse en contra o en evidencia de las orientaciones del organismo a que se deben. Recordemos todos el contenido de la palabra compañero. No olvidemos que el ser delegado es ser representante de un organismo y no de nosotros mismos. Y por último, que no se aparte de nuestra imaginación que el arribar a una poltrona oficial para nosotros no debe de constituir el vernos investidos de jerarca, sino por el contrario, que siempre somos y debemos ser el compañero disciplinado que es primero, ante todo y sobre todo, miembro de una organización que la deseamos verla manchada del fango de las politiquerías por la fatuidad de sus componentes y a la que deseáramos ver antes desaparecida que manchada por olvidar que fuimos compañeros.

En estos momentos seamos más puritanos que nunca y si hemos de sucumbir, sucumbamos como hombres que quisieron la grandeza de su organismo, que es tanto como ansiar la grandeza del pueblo a que nos debemos. Recordando los sinsabores de nuestras luchas, a los compañeros sencillos y buenos que ya han desaparecido y a las esperanzas que sobre nosotros cifran incontable número de parias que sufren, prosigamos la ruta anárquica que tenemos trazada y siempre brille esplendorosamente el compañero al delegado y más al jerarca hasta anularlos del todo.

Frente libertario

ÓRGANO DE LAS MILICIAS CONFEDERALES

Redacción y Admón.:
Comité de Defensa
(Sección de Propaganda)
Serrano, 111.-Tel. 58653

Abastecimiento, distribución, probabilidad e inconvenientes para efectuarlo

Todo el mundo viene hablando de este problema. Los unos, por su desconocimiento, no enfocan como requiere tema tan palpitante, y los otros, por apatía o mala fe, en no darle a este asunto la importancia que merece, anteponiendo sus intereses personales a los de la colectividad, nunca se llega a una solución, y ya llegó la hora de que todas las cosas tengan un denominador común.

Primero quiero denunciar algunos hechos para que los recoja quien deba.

Días pasados, y ante bastantes mujeres que impacientes esperaban en una cola, se descargaron de un camión: chorizos, jamones, botes de conservas, etc., etc.; estas mercancías fueron depositadas en un tercer piso, no el total, sino que también se dejó parte de estas en una mercería. Fué requerido un compañero de Abastos del distrito, a fin de que averiguara la procedencia y aplicación de dichas mercancías, y cuál no sería su asombro y de los que le acompañaban, al ver que eran detenidos por unos milicianos, los cuales los condujeron a presencia del Comandante que mandaba dichas fuerzas, un oficial que se hallaba presente dijo que: «Puesto que los Distritos estaban disueltos, no reconocían autoridad alguna a los mismos» a lo que el Comandante agregó que él salía responsable de dicha mercancía, por lo que el compañero tuvo que desistir de su cometido.

Quiero hacer constar que esta clase de operaciones se vienen efectuando casi normalmente, según testimonios recogidos.

¿Quién se responsabiliza al poner un sello sobre un documento, el que ejecuta o la entidad que dicho sello representa? Si esto es así, y puesto que no acompaña firma alguna a las recetas que vienen avaladas por el Colegio de Médicos, éste tiene la palabra para subsanar lo que digo, a fin de que estos hechos no se repitan, con lo que ganaría bastante los que están encargados de la distribución de los pocos productos que aquí llegan. Un hecho, entre otros muchos, es el siguiente: Una receta para una niña de siete años y medio: 250 gramos de pescado, 250 de carnes blancas, 4 huevos, 250 gramos de azúcar,

un kilo de patatas, un litro de leche y 300 gramos de legumbres. Podría señalar algunos hechos más, pero por hoy es bastante.

Otra pregunta: ¿Pintan algo las asambleas y los acuerdos que en las mismas se toman, o es que una vez terminadas éstas, no tienen validez aquéllos? Hago esta pregunta por dos razones: primera, porque esperamos que todos nuestros pleitos nos los resuelvan de s e d e arriba, y segunda, porque de continuar a este paso, dejando jirones en este engranaje, nos veremos obligados a permanecer mudos en tanto dura la contienda y después... empezar de nuevo.

Al hacer estas apreciaciones, no me guía otro interés que el de recordar a todos los compañeros que detentan cargos, que no son ellos los representados, sino que, debido a la confianza de sus organizaciones, fueron los elegidos para que representaran a las masas.

Otro detalle, quizá el más importante: ¿Adónde están nuestros representantes de la Comisión Nacional de Abastecimiento? De todos es sabido que hubo compañeros de las dos centrales sindicales que fueron designados para desempeñar estos cargos, y esta es la hora, si no me equivoco, que dichos compañeros no se han reintegrado a estos puestos. Y digo esto por la razón de que si en dicha Comisión estuviesen representados los dos factores más importantes del proletariado, no se daría el caso de que la poca mercancía que llega a la Península quedara en Levante, Cataluña u otros lugares, donde no sólo sirve para mantener a muchos zánganos que en nada ayudan a salir airoso de la actual contienda, sino que también se especula y sirve para ir creando los nuevos ricos. Para reafirmarme más en mi aserto, citaré un ejemplo: El azúcar, adquirido al por mayor en Alicante a 1'95 pesetas kilo, a esto agréguese transporte, despacho, etc., etc., ¿a qué precio se ha de vender en Madrid?

Comoquiera que este artículo empieza a ser un poco largo y como son muchos los palillos que me propongo tocar, lo dejaré para los sucesivos, pues son muchos los asuntos que nuestro paladín tiene que dar a conocer y necesita de todas sus columnas.

rias, y él que sabe lo que se hace, ha pensado que lo mejor es predicar con el ejemplo, y se lava todos los días y se ha rodeado de una pléyade de pulcros mancebotes que producen, al buen catador de efectos, la inefable sensación de que Alejandro Magno anda redivivo con su cortejo de oficiales valerosos y ambigüos. También suele hacerse acompañar de alguna que otra linda mozueta. Con ello pretende lograr dos buenas enseñanzas: la del buen gusto y la limpieza y la de que siempre debemos afanarnos por echar alimento a la maledicencia para que entretenida así, no se pare en criticar la marcha de las operaciones de cualquiera otro jefe o jefeazo. Como verán ustedes, esto, a más de una bonita habilidad, es toda una prueba de compañerismo.

Los que pensáis con cierta simplicidad de método os preguntaréis que a qué viene tanto paseo. Y seguramente añadiréis que, mejor que todo eso, sería que diera en la costumbre de cambiar todos los días algunas palabras con esos bobos que no saben salir de la trinchera o el parapeto. Pero yo os digo que la cosa tiene su miga y ahí van las pruebas: Suponed que un mal día empuja el enemigo y hay que echar para atrás con tanta prisa como se pueda; suponed que el jefe no se ha entretenido en recorrer las carreteras, caminos y caminitillos de la parte de atrás de sus líneas. ¿Qué pasaría?, pregunto. La imagen de un ejército buscando poco menos que a tientas el lugar de la huida, es cosa que me deprime. Por eso me resisto a ver la conveniencia de que el jefe ignore las carreteras, caminos y caminitillos de su retaguardia; si los conoce al dedillo, como lo hace nuestro hombre, puede ponerse a la cabeza de los que huyen y decirles: «por aquí, por allá... y se salvará sin pena mayor todo el ejército en derrota».

Espero que después de leído cuanto llevo aquí declarado con toda formalidad, que no se os ocurra poner en duda que este jefe que he encontrado vale tanto, por lo menos, como aquellos bigotudos jefeazos que solían alegrarnos los ojos en los desfiles militares de nuestra infancia.

Un compañero que ha regresado, por unos días, de Valencia, estaba empeñado en demostrarnos que los que viven en Valencia, dedican todos sus afanes por y para Madrid, trabajando horas fatigosas e interminables.

Y como además se permitió darnos algunos nombres de estos «valerosos» paisanos, le despedimos con un «Buen viaje amigo y no darse tan mal rato, que aquí no se pasa mal del todo, ¡qué caramba!».

Del 9 largo

¿Qué absurdo es que un periódico que se precia de ecuaníme diga, sobre poco más o menos, que eso de pedir responsabilidad y sancionar los yerros es casi una ganancia de perder el tiempo!

¡Claro, que con su cuenta lo dirá!

Continuamos con los mismos procedimientos de antaño.

Cuando es imposible la justificación, se dimite y a casita.

¡Muy bien!... ¡Pero muy peligroso!

Tantas veces se pisotea la justicia y el derecho de hombres, nosotros lo denunciaremos, aunque la autoridad visite nuestra casa que dirían los chicos traviesos.

Ya verás como ni hoy ni mañana se publica ninguna noticia del mitin de ayer en el Durruti.

No estamos dispuestos a volver a aguantar la táctica jesuítica. Estamos demasiado escarmentados. Y además hay también quien piensa como nosotros.

Gráficas Nacional.-Abascal, 4.-Madrid

Revolución Social

NOTAS PRELIMINARES SOBRE EL CURSO DE LOS CONSEJOS DELEGADOS DE LOS OBREROS, SOLDADOS Y PAISANOS DE LOS SOVIETS (1917-1918).

(Conclusión.)

Convocaron lo más de prisa posible una Asamblea Constituyente elegida por el pueblo sobre las bases de votar libre, directa, igual y secretamente, la cuestión del régimen a establecer.

Asegurar a la población entera la posesión de libertades esenciales: libertad de pensamiento, de palabra, de prensa, de reunión y de unión.

Decretada o decretar, la amnistía general por todos los crímenes o delitos políticos, disciplinarios o la propaganda anti-militarista.

Llamada toda la población a la calma y a los destacamentos de las fuerzas armadas a ponerse a disposición de sus superiores.

Los primeros Consejos de Delegados fueron compuestos de unos cuantos militantes de partidos socialistas y de simples obreros, o paisanos que jamás militaron en grupo alguno.

Casi todos los socialistas que hacían la parte más agitada de los Consejos de Delegados en marzo de 1917 eran los partidarios de continuar la guerra «de derecho y de civilización», establecer una República Democrática y Parlamentaria y hacer solamente algunas reformas sociales para aminorar la situación verdaderamente insostenible de las masas laboriosas.

El trabajo de los dirigentes de los partidos sociales-demócratas (menchevks), socialistas-revolucionarios y socialistas populares en el Consejo de Delegados, consistía siempre en hacer de las suyas, hasta que llegó un tiempo que estuvieron obligados a dejarlo a las buenas o a la fuerza.

Estos decían que las reformas pedidas hacían la competencia de los Consejos de Delegados y también la competencia al Gobierno Provisional; es solamente la Asamblea Constituyente quien podrá resolver las cuestiones de la Reforma Agraria o del régimen a establecer, de terminar la paz, zanjar las cuestiones sobre los derechos del pueblo de Rusia y la autonomía, etc., etc.

Estos son solamente los miembros de los partidos Comunista, Socialista, Revolucionarios de Izquierda.

El partido Maximalistas y los anarquistas hacían la propaganda y mezclaban la acción por la transmisión de poderes en manos de los Consejos de Obreros y paisanos y realizar las reformas sociales exigidas por el pueblo.

El Gobierno Provisional, una vez dada la libertad al pueblo de Rusia, buscó inmediatamente a neutralizar la propaganda, juzgada por él nefasta, por ejemplo: el primer Ministro de Negocios extranjeros (primero en fecha), Miloukoff, envió a las Embajadas acreditadas al lado de los aliados, la circular secreta en la cual pedía la intervención de paso de todas las literaturas de propaganda contra la guerra y la intervención para quitar los pasaportes a los militares socialistas o anarquistas, amnistiados conocidos por la actividad contra la guerra.

Esta circular, estando de Consejo en Petrogrado el Comité Ejecutivo, éste decidió dar un paso sobre el Gobierno Provisional en vista de la supresión de dicha circular, lo que trajo un conflicto entre el Gobierno Provisional y el Comité Ejecutivo de Obreros.

El Gobierno, bajo la presión de los Comités, tuvo que ceder y anuló la circular y envió Miloukoff. (Este hecho ha sido relatado en «Izvestia» de Petrogrado a fines de marzo de 1917.)

RESPONSABILIDAD

Todos, absolutamente todos, alardeamos y siempre tenemos a flor de labio el que tenemos un amplio concepto de la responsabilidad. Y, la verdad, yo creo, sinceramente, que exageramos bastante la nota, y esto que no sirva de molestia a nadie. Vamos a ver: ¿Vosotros creéis, militantes de todos los organismos políticos, hombres que ocupáis los más altos cargos y de los bajos también, que no contraéis una responsabilidad mucho más grande que el concepto que todos decís que tenéis de ello, al al volver otra vez por los fueros del partido político que representáis y queréis encauzar al pueblo con un chantaje político, llamado más vulgarmente República democrática parlamentaria, para volver al estado de cosas de cuando estalló la mil veces maldita militarada fascista? Os engañáis. El proletariado no ha dado su sangre, ni cree que se dejará arrebatar de manera tan sucia la Revolución que antes tantos años le ha costado aproximarse a ella y que a muchos hombres les ha costado tantos sinsabores y amarguras, para que unos cuantos egoístas de la política a lo Blum hagan lo que les venga en gana hacer, pues me creo que es un tanto peligroso querer imponer la política al proletariado que está en los frentes, cansado ya sin duda de matar fascistas extranjeros y españoles y que quizá les diera por continuar con los españoles...

Pero hay más, y es que no se puede tolerar por más tiempo el que a los milicianos, que han dado y darán más que nadie, se les adeuden cinco decenas de sus haberes, mientras vosotros, los altos cargos, y si no ver los altos cargos, tales como empleados, Guardias Nacionales, Asalto y en fin, todas las fuerzas del Estado, cobran rigurosamente; y además, no sólo cobráis a tiempo, sino que tenéis sueldos fantásticos y dietas muy elevadas, para que los compañeros que están en las trincheras, a 350 kilómetros de Valencia, llenos de piojos

y miserias, sepan que en la retaguardia se están muriendo de hambre sus hijitos y sus seres más queridos, mientras que hay en la misma retaguardia quien se dedica a frecuentar los establecimientos de diversión y corrupción, sin tener derecho ni siquiera a comer lo que en su vida ha sido capaz de ganar con un trabajo honrado.

Y esto es lo que hay que cortar para siempre, sea quien sea y ocupe el cargo que ocupe. No darle ocasión para que malgaste energías que hacen falta al pueblo. Con un par de escarmientos se arregla. Si no, no faltará quien lo arregle. Y si no, contraeréis la responsabilidad más grande al dejar estas cosas en el vacío y no daros cuenta de las necesidades de los familiares de los combatientes, que pasan semanas y más semanas sin cobrar un céntimo, y no sólo no cobran, sino que encima se pretende rebajarles el haber que no perciben, y como comprenderéis, esto no puede continuar así, porque muy bien que el Gobierno que pide la máxima autoridad, a la par que con la máxima autoridad, normalice los pagos de los hombres que dan tan generosamente su sangre en el campo de batalla y no de los que están tocándose las narices en los sitios donde antes apuntaba, y también daría el Gobierno muy buen ejemplo rebajándose sus haberes y enormes sueldos y los de todos sus comparsas, y entonces sí que tendría autoridad y fuerza, poniéndose en igualdad de condiciones que cualquier miliciano, que además de haber dado más que ellos, se ve defraudado. Pues con arte de políticos preconizan una República democrática y parlamentaria, mientras ellos dan sus vidas en holocausto de la Revolución social, para verse defraudados por la maldita política. Y que se enteren todos: el proletariado no va a verter su sangre a raudales para que se les robe, por unos egoístas de la política, una Revolución tanto tiempo esperada.

QUISICOSAS

¡EUREKA! —: —:

Ya nos nos falta de nada. Tenemos cañones buenos y tenemos cañones malos; ametralladoras que parecen máquinas de hacer granizo y otras que parecen descendientes en línea directa de la famosa «carabina de Ambrosio»; fusiles con munición y otros con anzuelo; soldados que acometen como fieras y otros que sólo se echan «palante» cuando el enemigo les va pisando los talones; jefes sobrios y serenos y otros que lo mismo se beben un vaso de vinacho que le pegan una «tortan» a la misma sombra del humo...

Sin embargo, de todo esto, confieso que andaba un tantico melancólico, porque echaba de menos en nuestras unidades bélicas a aquel jefe de pasadas décadas, que solía ir tan bien plantado en su jaco, con sus arreos marciales y el pecho cuajado de condecoraciones. Verlo desfilar ante su gente, era llorar a moco tendido de inefables emociones bélicas. Sabía uno que en aquellas sus lustradas botas había energía y sapiencia para ganar docenas de batallas.

Andaba melancólico, decía, notando la falta de tal estampa guerrera, cuando hete aquí que me topé en cierto lugar de la Sierra con el jefe que estaba ahorrando. Es el tal hombre gallardo aunque maduro; su ademán es el de quien sabe que los jefes no se equivocan nunca; lleva el brazo siniestro amorosamente colocado en un gran pañuelo blanco que le cuelga del cuello a manera de cabestrillo. Parece ser que lo del brazo es una pequeña argucia que se gasta

para apurar bien el efecto de la marcialidad. Conviendréis conmigo, señores, en que este sencillo detalle revela al jefe nato, porque la guerra, como el juego del «amus» es, al fin y al cabo, cuestión de embustería y cara dura. Porque no lo duden ustedes, es menester tener cara dura para atacar de flanco al enemigo con un batallón y realizarlo de manera que parezcan cuatro. Lo honrado sería decir: «¡Eh, señores, que sólo somos un batallón. No queremos nosotros que nos toméis por una división entera y luego salgáis diciendo que somos unos fanfarrias!».

Nuestro hombre es jefe que conoce el saludable efecto que produce en los demás el pasear con un coche de buen ver por carreteras, caminos y caminitillos del sector de su mando. Si el enemigo se enterara, se deprime pensando que todavía nos quedan cuatro cochinas perras gordas para gastarlas en gasolina. Si lo ve nuestro miliciano, no dejará de sentir un asomo de religioso respeto por quien pasa y repasa ante todos los puestos de guardia de la parte de acá de la primera línea. Puede suceder que sea un miliciano imaginativo y se diga: «¡si esto hace por aquí, ¡qué será el día que le dé por recorrer las avanzadillas!».

A este jefe no se le cae de la vista ningún detalle. Conoce la importancia que tiene para la moral combativa de una división entera el que un solo soldado lleve los tacones distraídos o las uñas sucias. Por desgracia abundan en su sector los milicianos con tacones distraídos y uñas funera-